

Suplemento
— gráfico —

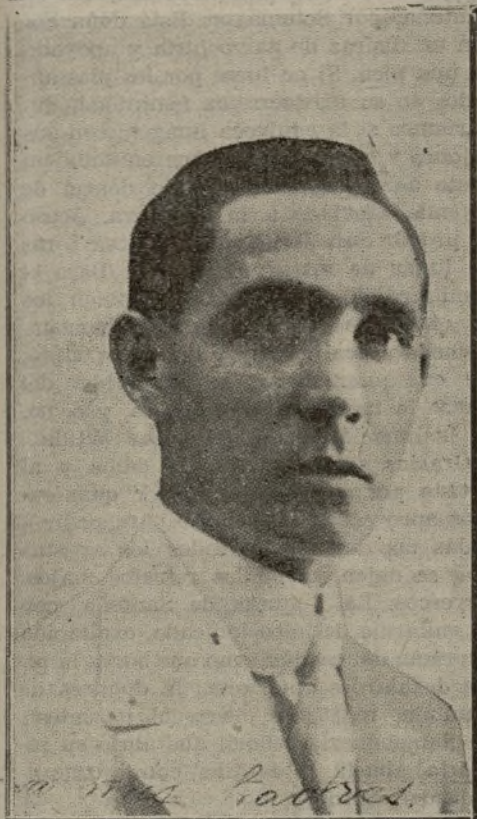
EL IMPARCIAL

Se reparte gratuita-
mente con el núme-
ro ordinario

NÚM. 19.309

Jueves 23 de diciembre de 1920

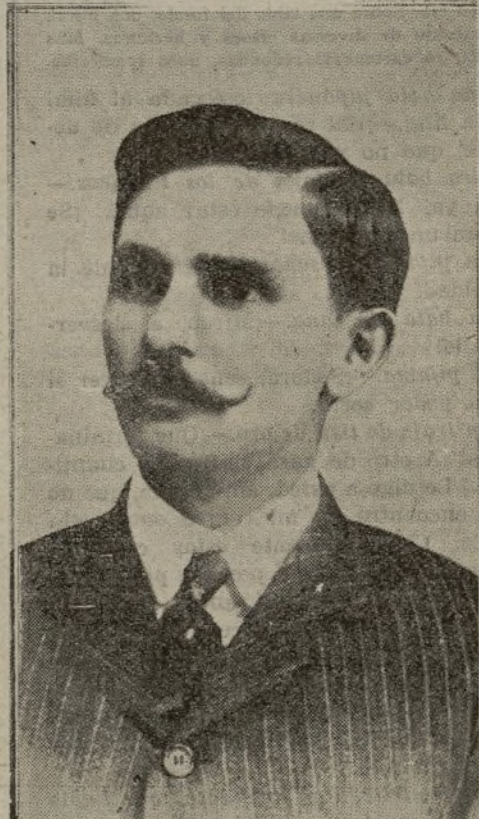
AÑO LIV



D. Vicente González, que recibió de su padre un vigésimo del número premiada con tres millones de pesetas. (Foto Alfonso.)



D. Vicente González Suárez, que adquirió tres vigésimos del número 18.222, con su esposa e hija. (Foto Alfonso.)



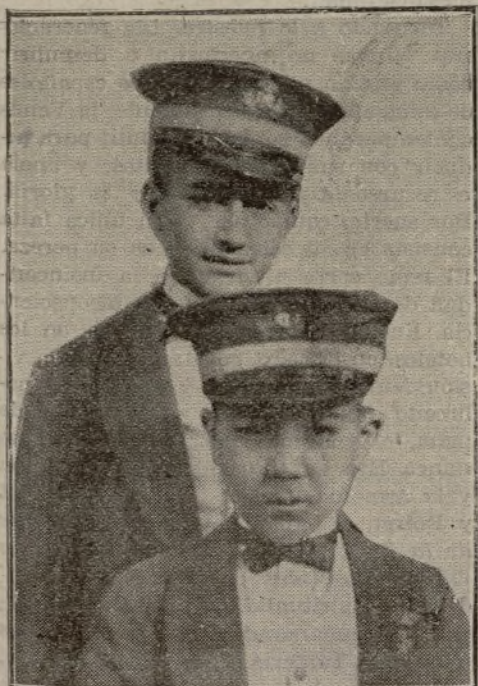
D. Fernando González, a quien su padre envió a Cuba, donde reside, dos de los vigésimos del número agraciado con el tercer premio. (Foto Alfonso.)



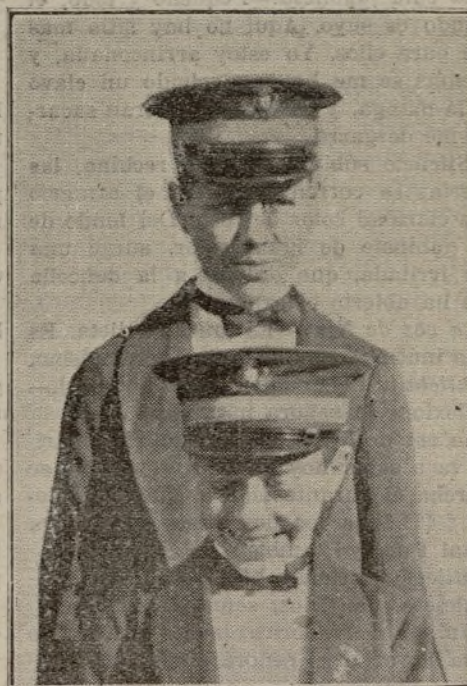
Algunos corresponsales de la Prensa de provincias y los "corredores", esperando noticias del sorteo en un local habilitado al efecto por la Asociación de la Prensa, en la antigua Dirección de Comunicaciones. (Foto Alfonso.)



El cartero Pedro García, que tenía abonado un décimo del número 15.041, premiado con seis millones de pesetas, y que no lo jugaba en la extracción de ayer por haberlo recogido en su nombre un desconocido. (Foto Alfonso.)



Los dueños de la Administración donde fué expendido el número 15.041, premiado con seis millones de pesetas, con algunos de los reporters que infructuosamente acudieron a informarse del paradero del billete. (Foto Alfonso.)



Ayuntamiento de Madrid

FRIVOLIDADES

Diálogos inverosímiles

La escena está completamente a oscuras durante el transcurso de la representación. Es un armario ropero, donde los trajes, colocados en cruces de madera y colgados de una barra, se aprietan en fila. Sobre una tabla del fondo, una hilera de calzado de diversas clases y hechuras. Más arriba, en cartoneras redondas, unos sombreros.

Una bata japonesa (colocada al final de la fila).—¡Eh! ¡A ver esas, las de delante, que no vale empujar!

Otra bata, de lana de los Pirineos.—¡Ya, ya! No se puede estar aquí... ¡Se ahoga una de calor!

Un pijama de señora.—Efectos de la obesidad.

La bata de lana.—¡Miren, el desvergozado!

El pijama.—¡Señora, señora! ¡A ver si va a poder ser!

Un traje de tisú de oro.—¡Qué terminachos! (A otro de gasa chiffons y chantillys.) Le digo a usted, amigo mío, que no me encuentro en mi centro entre esta gente. Constantemente estoy cohibido, violento... Sobre todo por ese pijama.

El traje de gasa.—Sí, amigo mío; pero en eso precisamente dicen que está la gracia, en ser lo más descocado y atrevido que sea posible... El marqués se lo compró a su mujer en París, precisamente por eso..., porque le encantó por desvergozado.

Una toilette algo orgullosa, que habla siempre con ironía, y que sólo consta de una falda corta y dos estrechos tirantes de terciopelo.—Ustedes son un poco..., un poco chapados a la antigua, amigos míos...

El traje de tisú.—Usted es una buena prueba del avance que pregona... He oído decir al traje de la duquesa, cuando estuvimos juntos en el Real la otra noche, que llamó usted la atención por su descoco en la cena americana del Ritz...

La toilette (muerta de risa).—¡El traje de la duquesa! ¡Qué viejo ridículo! ¡Como fueron para mí todas las miradas, está que trina el infeliz!

El pijama (dando un ligero saltito sobre la percha de madera).—¡Que te creas tú eso! Las miradas serían para la marquesita, ¡que está estupenda!

La toilette.—No has podido olvidar el acento capalla todavía, «mon petit». ¡Tú crees que una creación de Worth puede dar beligerancia al primer insolente pijama de punto de seda que le toque de compañero en un armario?

El traje de tisú.—Usted perdona, amigo mío; efectivamente lleva usted la manufactura de Worth?

La toilette.—En el «corsage» está la firma.

El pijama (al paño).—Nunca hubiera creído que cupiese una firma en el «corsage» (a las batas), ¿o no os habéis fijado en lo pequeño que es?

La bata japonesa.—Pequeño y todo, el mundo es suyo. Aquí no hay sitio mas que para ellos. Yo estoy arrinconada, y además se me ha enganchado un clavo en la manga, y en cuanto quieran sacarme me desgarro.

(Silencio súbito. La llave rechina, las puertas se corren e inunda el armario una claridad color de rosa. Del fondo de un gabinete de igual color, surge una voz irritada, que ordena a la doncella que ha abierto el armario.)

La voz de Niní.—Es inútil, Julieta. Es todo inútil. Yo he de salir ahora mismo.

Julieta (titubeando entre las perchas).—Reflexione la señora marquesa...

La voz de Niní.—¡No puedo! ¡Mi marido va a saber hoy quién soy yo! ¿No se marcha él durante todo el día, dejándome sola?... ¡a los dos meses de nuestra boda! Pues yo también...

Julieta (corriendo hacia el gabinete).—¡Cálmese, por Dios, señora marquesa!

(Julieta cierra bruscamente el armario para llevar a su señora el frasco de sa-

Autorretratos



Lo único que me molesta de los autorretratos destinados a la publicidad, es su aspecto de piezas literarias. Esto, desde luego, es antipático para las que, como yo, no saben hacer literatura, aunque gusten de ella. Yo soy una mujer de un temperamento simplificador, sin complicaciones y sin interés. Perezco por las cosas sin trascendencias. Me gusta mucho la vida casera, y debo tener dinero para permitirme el placer de vivir en una casita muy modesta, muy limpia y muy alegre, cosiendo, leyendo y tocando el piano, que espero, andando el tiempo, poder tocar sin espantar a nadie. Prefiero que me quieran a que me admiren, y me seduce del aplauso lo que tenga de afecto mucho más que lo que tenga de admiración. Dentro de mi época y de mi patria tengo poetas predilectos, como Villalpesa, Valle Inclán y Juan Ramón Jiménez. De nuestros comediógrafos, son mis preferidos aquellos con los que nutro mi repertorio. Y como en este instante no se me ocurre otra cosa para ampliar mi retrato, y lo que se me ocurre no es para que la gente lo sepa, hago punto final.

Posario Pina

les, un pañuelo, los polvos color rosa...; todo lo necesario para un desmayo.)

(En el armario hay risas ahogadas. Un par de zapatos de charol contienen a duras penas su regocijo, porque saben la gravedad que supone una carcajada en unos zapatos.)

El pijama.—¡Ya se ha armado! ¡Ya se ha armado!

La bata de lana (que, como todo género grueso, es sentimental).—¡Calla, mal corazón! ¡Pobrecita Niní!

El par de zapatos (estallan en risas).—¡Ay! ¡Ay! ¡Por Dios! ¡que no puedo reírme..., que no puedo más!

(Vuelve a abrirse el armario. Los chillidos de Niní son terribles. Se ve que preludia un ataque.)

La voz de Niní.—¡Julieta! ¡Pronto! ¡La «toilette» de Worth, que es la más atrevida! ¡Démela usted inmediatamente!

La voz de Julieta (con inflexiones trágicas).—¡Señora! (Se cierra el armario.)

La toilette (muy picada).—¡Vaya con la niña! ¡Quién le habrá dicho que yo soy atrevida?

Los zapatos de charol (siempre contentándose).—No se aflija usted... La otra noche, la marquesa... ¡le dió una de pisotones a su marido en el palco..., por si miraba o no miraba a una rubia!... ¡Pobre señor!

El pijama.—¡A su edad!

Los zapatos (soltando la carcajada).—Y por último, cuando volvimos, le tiró el del pie derecho a la cabeza... ¡Ay! ¡Ay!

¡Que no puedo reírme, por Dios!

El traje de tisú.—¡Qué locura!

El de gasa.—¡Qué escándalo!

La toilette (con aire de reina ofendida).—¡No; pues a mí que no me metan en líos!

Madame de LYS

MUSEO SENTIMENTAL

Retratos de mujeres

En la Exposición de Arte Español, que constituye nuestra actualidad en Londres, destaca el retrato de la duquesa de Santofía, por Sotomayor. Está doña Sol con un disfraz de garrochista y apoyada en una pica. Si no fuese por los pies afilados en su aristocrática feminidad, dudáramos si la equivoca imagen, con sus zañones y su chaquetilla que enfunda un busto aéreo representa a un doncel de leyenda ataviado a la andaluza. Acaso el propio San Jorge, que alancea toros en lugar de matar al dragón. Bajo el sombrero, de alas anchas, también los ojos inmensos y claros parecen demasiado bellos para hombre y aun para santo. De cualquier modo, se desprende del lienzo la inquietud leonardesca, y si no, la insinuación grata de Oscar Wilde...

Gracias sean dadas a la dama y al artista por su originalidad. Y quisiéramos aprovechar el instante para pedir a todas las damas y a todos los artistas que se dejen ya de los retratos majos, goyescos. La duquesa de Santofía, con la gallardía del óleo indicado, exaltación suprema del españolismo que borra la serie de alardes anteriores; la duquesa de Santofía, repetimos cierra el paréntesis de flamenquería señorial que abrió su inmortal abuela, la de Alba, con la complicidad del «Sordo».

No más retratarse con mantilla. Un tipo especial de femina, una determinada paleta, pueden permitirse por capricho el pastiche de la corte de Carlos IV. La cabellera rubia de la duquesa de Dúrcal recibe como un homenaje su aureola de un chal almagreño, que diríase tejido con los rizos de las morenas sevillanas en una pintura de Benedito. Zuloaga y sus madrileñísimas sobrinas; he ahí otra admirable excepción... Lo ya fastidioso es que ninguna mujer ni ningún pintor se hayan librado de la fiebre por la mantilla y el abanico antiguo y por la actitud de la guapeza. Modelos y copistas incurren en algo tan lamentable como la vulgaridad distinguida, contrasentido que equivale al de ese quidam que conoce al dedillo las fórmulas de cortesía, careciendo de la verdadera educación.

Acaece en esto de las majas al óleo lo mismo que en la mayoría de las estatuas que se cincelan hoy con destino a los parques y plazas. El escultor sintió una reacción de buen gusto ante los pantalones y las botas de mármol; pero, incapaz de hallar otra solución que el escamoteo, resolvió el problema envolviendo las piernas del héroe eternizado en amplias mantas de piedra; con que los tiempos presentes legarán a la posteridad una penosa galería de inválidos, de enfermos en la terraza, de inmortales de mesa-camilla...

Tomando a lo nuestro, las generaciones futuras no acertarán a descubrir cómo vestían ni cómo eran los españoles de estos años. Voluntariamente, la Venus contemporánea se declara inútil para seducir con sus propios méritos, y apela a recursos consagrados por la gloria. Por suerte, equivócase, y su única falta consiste en su cobardía y en su pereza. El resto corre a cargo de la insinceridad de los pintores. O de su inconsciencia. En las fiestas, en los teatros, en los hoteles, en la calle, constantemente la visión femenil embriaga y alucina al pobrecito fauno de frac o de chupa de pana, el cual no acaba de repetir que nunca Eva se adornó con la intención y la armonía que en los días de Callot y Poirret, el hada y el mago de la Rue de la Paix. ¿Cómo se explica que luego desdijémos tales palpitantes sensualidades y espiritualidades, substituyéndolas por un amanerado remedo de cosas muertas? Tontería, que no paradoja,

como si prefiriésemos las flores de trapo a los claveles y las rosas con su fragancia.

No olviden las lectoras que la vuelta a una época ya liquidada significa merma moral. ¿Qué atributos caracterizan a las majas goyescas? La pasión agitada, el misterio verbenero, un erotismo cálido y simple, la tendencia a sumergirse en los sótanos de la galantería y un ímpetu de torito en las entrañas; de entonces acá, ¿no progresó, no se afinó la psiquis femenina, no se ejercitaron sus nervios en más exquisitas vibraciones? La literatura de un siglo, las guerras, el automóvil, el aeroplano, la música desde Wagner a Debussy, etc., no han existido para la sensibilidad de nuestras amigas, que siguen avecindadas en un barrio matritense del XVIII, con ronda de pan y huevo, la guitarra de Figaro y las escapatorias a los sotillos del Manzanares...

Jamás, a través de la historia, cayeron las damas y sus retratistas en un dislate semejante, en un tan desencajado anacronismo. Por el contrario, fué costumbre del Renacimiento figurar escenas bíblicas y clásicas con ropajes y bellezas romanos, florentinos, venecianos. Así la obra conseguía un reflejo de vitalidad. Y en cuanto al retrato, recuérdese aquella ilustre Exposición de Amigos del Arte, desde doña Catalina de Salazar, orando en su castillo, hasta los mirriñaques y polisonas de los modelos de Madrazo, ni un solo ejemplo de arcaísmo importuno. Cada edad fijó su carácter, sin repeticiones que hubieran significado una laguna física y moral de la raza.

Hagamos votos por que la garrocha de la duquesa de Santaña detenga, por fin, el desbordamiento de la majaza. Majaza que, en definitiva, no lo es, puesto que en su flojería imitativa suprime el alarde personal, eje y centro de la manolera andante. Y por si no bastasen las razones apuntadas, recapacítense que un retrato consiste en adivinar a lo largo de lo efímero aquello que permanece inalterable en el individuo. Sin embargo, he ahí cómo la carnalesca humorada de la mantilla sirve para representar a las jugadoras de tennis, bailarinas de fox-trot, apasionadas del cine y del sufragismo...

Madamas y artistas: es lícito, y debe ser, que en el gran libro de la Historia las nuevas primaveras depositen sus flores como registros sentimentales entre los folios. Pero no comprenderíamos que cogiésemos esas flores, ya marchitas, y con ellas pretendiéramos simular otro mayo y abril pegándolas a las ramas, en la selva.

Federico GARCIA SANCHIZ

CHARLAS FEMENINAS

Clotilde y la paz conyugal

Hay que matar la tarde; esta fea tarde sin sol, de incesante lluvia menuda. Los muchachos no han acudido, como suelen acudir muchos días, a casa de esta bondadosa doña Rosario, viuda hace muchos años de un alto funcionario de Hacienda.

En el gabinetito, después de aporrear el piano y de bailar ellas con ellas unas cuantas piezas de *agarrao*, todas se han reunido en torno de la anciana, que las contempla satisfecha por encima de los lentes señoriales.

Como la ausencia de varones es absoluta, el momento de las expansiones es interesante, porque las palabras revolotean por la estancia con la belleza de los pensamientos desnudos.

Clotilde, una encantadora morena de ojos negros, húmedos y brillantes, que suele poner el *mingo* en eso de los temas complicados, porque no se sabe cómo la conversación lo ha traído, ha protestado contra la paz octaviana de los matrimonios.

Clotilde no comprende la felicidad conyugal dentro de una paz absoluta. Cree

que todo matrimonio pacífico es un matrimonio de farsantes. En el matrimonio, como en la vida misma, debe imperar el accidente, lo circunstancial, la disputa, la gresca, el berrinche; porque todo esto es precisamente lo eterno. Y del mismo modo que en la vida, tras la crisis de violencia viene la calma, en el matrimonio

debe venir, tras el berrinche, el abrazo, que es con lo que los matrimonios felices sellan todas las diferencias.

Una vida de paz—según Clotilde—es monstruosamente insoportable. El Nirvana debe ser aburridísimo. El éxtasis, en cuanto dure más de breves instantes, si no es un caso patológico, es desde luego

Revista de la Moda



Desde comienzos de la temporada, se inició triunfantemente la hegemonía de las capas. Capas lisas, plisadas, ornadas profusamente de pasamanería y de bordados, combinadas con tela antigua, lo que les daba un aspecto singularmente «histórico»—de Beltrán Duguesclín, dice



Bouzet—, capas de piel, de todas las pieles, y hasta de tricot, hechas a mano, muy prácticas, cómodas y sencillas. Pero la capa no es suficiente abrigo para un régimen de grandes fríos, aunque esté secularmente adoptada por los habitantes de los más rudos climas. La temperatura excesivamente fría y húmeda necesita de más enérgicas defensas, y el abrigo, en general, y particularizando, el abrigo de pieles, vuelven triunfantes a ocupar su trono y se mantienen en él de un modo indestructible.

Cabe dejar las capas para la primavera, luciendo entonces su pomposa línea, que tiene también el defecto gravísimo



de no ser adaptable a todas las siluetas, no elegante con todas las figuras. Probablemente, pues, en primavera, nuestra primavera madrileña, tan poco benigna y tan poco... primavera, presenciaremos un resurgimiento triunfante de la capa, verdaderamente práctica cuando ya son posibles los paseos a pie por nuestras magníficas avenidas y bosques y las excursiones al campo, en que la capa conserva el calor de modo suficiente y permite mayor libertad a los movimientos, siendo, también, de un peso más ligero.

De nuestros tres modelos, las dos fotografías son admirables abrigos de piel, combinaciones acertadísimas de nutria, de chinchilla, de armiño, verdaderamente sugestivos de elegancia, mientras el dibujo copia un abrigo- traje en el color verde esmeralda, de gran moda, en paño flexible, sin otro adorno que botones y algún bias en cuero avellana.

un caso de ridiculez y de sensiblería ful.

Cualquiera diría, oyéndola—y así se lo advierte alguna de las amiguitas—que Clotilde, para ser feliz, necesitaría, en la vida matrimonial, romper diariamente una vajilla o recibir una paliza del marido.

Y Clotilde hace un gesto pícaro y significativo, porque no está conforme con ninguna de las dos cosas; pero simpatiza profundamente con las dos.

Romper cada día una vajilla, o siquiera un elemento aislado de la vajilla, le parece caro. Que el marido la maltrate a golpes, le parece excesivo. El justo medio está en que se peguen los dos. Esto es, en realidad, lo razonable.

—Porque, vamos a cuentas—agrega Clotilde en su apasionado discurso—: si mi marido me entrega el dinero del mes y yo me lo gasto en modista, y el día 15 andamos de cabeza, ¿no me habrá ganado una cachetina? Y si llega a mis oídos que él, sea por lo que sea, me hace la trastada de engañarme con una pelandusca, ¿dejará de merecerse que yo le arañe en sitio bien visible? ¡Naturalmente!

Mucha gente opinará que esto es grosero y de mal gusto. Las personas correctas y educadas discuten o, a lo sumo, se insultan; pero jamás se pegan. A Clotilde, sin embargo, le parece que el matrimonio, por ser amor, debe ser, ante todo, sinceridad. El amor no es respeto, sino exaltación, comprensión y disculpa o perdón generoso. Clotilde ha escuchado mil veces hablar de las violencias del amor; nunca de las correcciones. El amor no es correcto; el amor insulta, pega, mata y perdona. Exigir del amor corrección, valdría tanto como pedir un vestido de *soirée* para la Venus de Milo. Toda la belleza del amor está en la expresión de salvaje sinceridad que tenga. Bien está la corrección para el amor en las comedias, para el *flirt* de sociedad, para un idilio desde el balcón a la calle, sobre todo si es calle de mucho tránsito. Aun dentro de la vida matrimonial se debe ser correcto; pero siempre que, al serlo, no violentemos nuestra espontaneidad de sentimiento.

Clotilde ha oído hablar mucho de la elegante corrección inglesa; de esos maridos que, al conocer con exactitud la traición de la esposa, la han conducido, graves y ceremoniosos, a casa de los suegros o a la clausura conventual. Todo ello le parece a Clotilde grotesco, de opereta, cursi, con una cursilería muy de película italiana.

Y Clotilde no puede contenerse, y rompe en una frase, que se ahoga en el chorro alegre de las risas femeninas:

—¡Todo, absolutamente todo lo que le ocurra a un marido correcto me parece de perlas.

Y después, fijando en el techo su mirada brillante y magnífica:

—¡Señor, Señor!... ¡Por lo que más que

ráis, no me deis un marido a la inglesa! La bondadosa doña Rosario, esta anciana de continente patriarcal, acaricia con su diestra mano de marfil la cabecita de ébano de Clotilde, y sus labios, indulgentes, musitan más que dicen:

—¡Esta chiquilla!... ¡Esta chiquilla!...

José ABELARDO

UNAS RECETAS

La cocina clásica y moderna

Macarrones al «gratin»

Háganse hervir en agua la cantidad de macarrones que se desee, hasta que estén blandos, sin deshacerse. Sáquense y enjúguense perfectamente, volviendo a ponerse en la cacerola, con caldo de cocido. Termínese con el caldo la cocción, añadiéndoles mantequilla y queso de Parma y de gruyere, rallado.

Cúbrase de manteca el fondo de un plato, que resista el fuego, y sobre la manteca se colocan los macarrones en montón, espolvoreándolos de queso de Parma, rallado, y pan rallado. Se funde manteca, se vierte sobre los macarrones y se meten al horno suave, haciéndolos formar una corteza tostada.

Al servirlos, puede servirse aparte una salsa de tomate o de mostaza.

VATEL

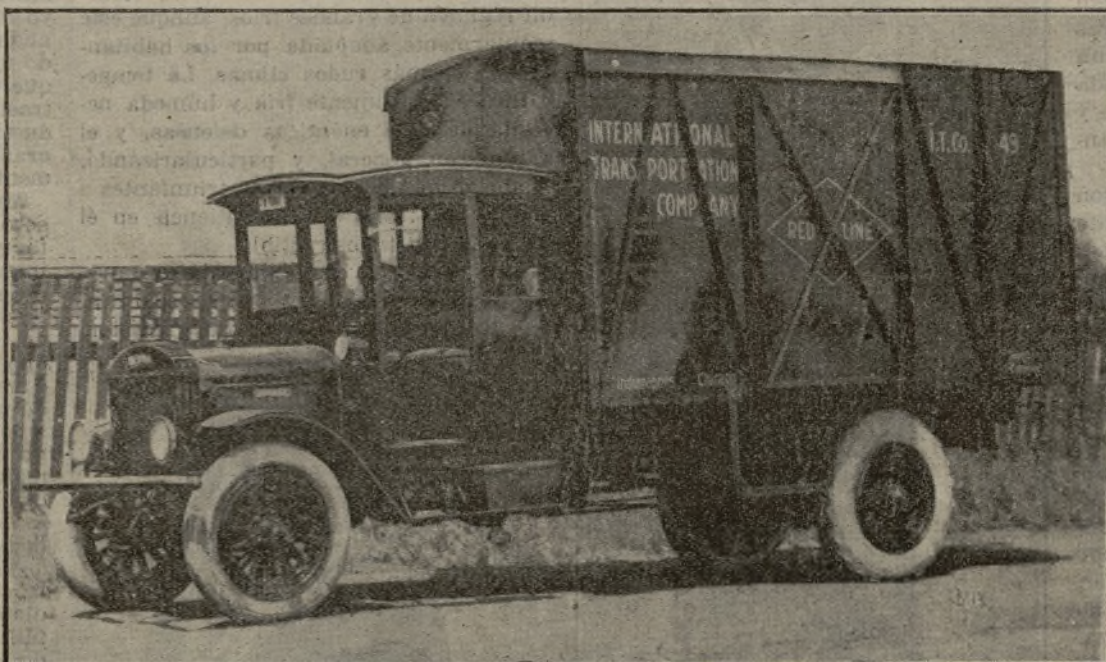
AUTOCAMIONES

INDIANA

De 1 $\frac{1}{4}$ a 2, 2 a 3,
2 $\frac{1}{2}$ a 3 $\frac{1}{2}$, 3 $\frac{1}{2}$ a 4 $\frac{1}{2}$,
y 5 a 6 toneladas, con
neumáticos o gomas
macizas

Alumbrado eléc-
trico, arranque
automático, cabi-
na con parabrisa

MONTADOS SOBRE
Gomas macizas
o gruesos
neumáticos



DEPOSITOS EN

Barcelona
Madrid
Sevilla

Garantía de un año
para todas las piezas

Taller para las
reparaciones

Piezas de recambio
para todos los tipos

Delegado en España: D. JORGE SALAS MERLÉ == BELEN, 3. — Madrid ==
FONTANELLA, 10. — Barcelona

ANUNCIOS PRADO-TELLO



CHIFFONS

:: Olózaga, 13 ::

Gran Exposición de vestidos y sombreros

Ultimos modelos de las Ca-
sas Callot, Jenny Deuliet, Wort,
Joseph Paquin, Marie Gui,
Rebout, Callot Lewis, de París.

PRECIOS RAZONABLES

Ayuntamiento de Madrid